

PRÓLOGO Y CUBIERTA DE
JUAN MIGUEL AGUILERA

HUELLA 12

EVA G. GUERRERO



AMARDA. La estéril

TESTIMONIO DE AKRAN DORCEL. BARDO DE PRIMERA CLASE.

AMARDA, CUBIERTA 117. MES DE CALIGNA DE 1615.

Desde la cubierta ciento diecisiete fui testigo de la catástrofe como un pequeño dios malévolo en las alturas. [*Le tiembla la voz*]. La muerte les sobrevino al amanecer en forma de monstruo, un monstruo descomunal en cuña de acero. Una montaña de herrumbre que los abordaría y los partiría en dos.

Atravesamos la isla de la misma forma que un cuchillo corta un pastel: casi con suavidad, en línea recta. La ciudad en pie sobre el sargazo móvil. Sedimento sobre sustrato de macroalgas. Olor a cieno, decían los de las cúpulas agrícolas. Se doblaba sobre sí misma a nuestro avance como un viejo libro que se cierra. [*Calla*]

Sentimos una emoción desgarradora al principio, cuando vislumbramos tierra. ¡Teníamos a la vista una de las cuarenta y siete ciudades-estado de Sargazia! Todas ellas habían caído en el limbo de los mitos como los krakens o las ligurtas devoradoras de nubes. Tantos ciclos perdidos en la inmensidad del océano. Ni siquiera formaban ya parte de nuestro acervo colectivo.

Asombro porque existían. ¡Existían! En la cubierta ciento diecisiete y en las aldañas los amardienses silbábamos. Todos vociferaban con júbilo: «¡Sargaaaaazo!». Saludábamos moviendo los brazos sobre nuestras cabezas. Nunca había sido más feliz de lo que lo fui en aquel instante. [*Agacha la cabeza. Gime*]

Recuerdo el ruido. Atroz. El estrépito provocado por el derrumbe de sus edificios cientos de metros antes de que la proa angular del Amarda los embistiese. No sé de qué material construían aquellos bloques, edificios tan altos como nuestras torres de popa, ni metal ni madera, eso segu-

ro. Sonaba a mil truenos en uno. Se deshacían en enormes cascotes. Los escombros sepultaban a la gente como si fueran hormigas. Las he visto en los huertos bajo las cúpulas..., a las hormigas. Un efecto en cadena de demoliciones. Pavoroso.

Pronto, un polvo blanquecino cubrió la ciudad con un manto de niebla irreal. Respiramos aliviados deseosos de que aquel caos hubiese sido un espejismo. Entonces, fue como si alguien subiera el volumen de los gritos. Los gritos se imponían a nuestras sirenas queriendo detener la nave con su miedo. Una marea de alaridos de miedo. Por encima del estruendo. Por encima del polvo. Por encima de todo. Largos e hirientes como peces lanza.

No sufríamos por Amarda. Amarda es indestructible, cosida a remiendos y arrugada como una vieja a golpe de abolladuras en su casco rompehielos.

El día lluvioso engulló las brumas. Tal vez pensaron que terminaríamos desviándonos, como cualquier otro barco, pero el Amarda no es cualquier barco, sino la mayor estación flotante de población construida por el hombre. Un pequeño estado con un censo de medio millón de almas errantes.

Nací en el buque-urbe generacional bautizado en honor a la octava luna: Amarda, la estéril. Mis pies jamás pisaron tierra firme. La ciudad-estado de Hibernius fue el primer asentamiento humano sobre sargazo que vieron mis ojos. Verlo para destrozarlo.

No hubo forma de evitar la colisión. [*Solloza*] La culpa fue de la tormenta roja. Hace diez ciclos que hundimos en el Silente la ciudad de tejados brillantes y todavía escucho los gritos, se adhirieron a la estela del buque como hilos dolientes de espuma.

Amarda es el mundo donde está mi casa. Un hogar enlatado, tachonado a martillazos en una inmensa conurbación metálica a la deriva. Laberíntica, intestinal, tanto que jamás llegaré a explorarla a fondo. Un mundo que explotó después de la tormenta como una supernova: se tragó la nada del espacio, se tragó Hibernius y también se tragará Islatia. Cualquier

cuerpo vivo cruzado en su trayectoria. Somos una estrella extinta cuyo fuego surca el océano en una deriva de muerte.

Luna Bárladay deposita una entrevista más, impresa en papel reciclado sobre la mesa cromatofica. Siente su peso y acaricia su textura antes de alinearla sobre el resto de los papeles. Desde la sala del puente las vistas son una belleza. Su ojo robótico se oscurece y ajusta al nivel de luz del cielo crepuscular donde cinco de las doce lunas resplandecen. Ella eligió un dispositivo casi obsoleto: el modelo con aplique circular en la sien. Se permitió el capricho de que el iris cambiase de color aleatoriamente dentro de la serie de tonos *Bosques de Gomar*, la gama que comprende desde los amarillos a los marrones y verdes, de modo que solo de vez en cuando su mirada es uniforme. El implante cerebral obedece los impulsos del ojo original y lo sigue hasta enfocar la amatista más brillante del cielo: Gea, su luna madre.

La jefa del equipo de Huella 12 se halla inmersa en una intermisión de extrema gravedad para los amardienses residentes en el buque-urbe. Embarcó hace apenas unas horas junto a tres de sus agentes y no se convence de si percibe una atmósfera de derrota o si se trata de la niebla oscura que lleva consigo a todas partes.

Nadie daba crédito en la capital. La aparición de la última de las desmedidas estaciones flotantes, con más de una centena de antigüedad, atestó todos los noticiarios de imágenes *retroland*, tanto en Islatia como en las cuarenta y cinco restantes ciudades. Era como ver avanzar un enorme dinosaurio extinto de las lunas rocosas.

Luna reunió toda la documentación disponible antes de subir a bordo. Así descubrió que el prestigioso ingeniero naval y constructor de arcológicas, Herman Gauss, diseñó doce buques-urbe en total y los bautizó con los nombres de cada una de las doce lunas. En los astilleros del sargazo de Frelde se montaron y ensamblaron estructuras flotantes provenientes de otros muchos astilleros. En dos decenas se completaron tres ciudades

flotantes: Pola, Áurea y Amarda. Eran los tiempos de la cuarta revolución tecnológica e industrial. Las ciudades-estado competían entre ellas con la pulsión de poner en marcha macroproyectos en el seno de sociedades incandescentes. Los ascensores espaciales descargaban riquezas sin fin procedentes de las lunas orbitales y la siguiente meta se fijó en circunvalar el mundo más extenso del universo conocido. Conectar al fin los cuarenta y siete estados en rutas que llevarían generaciones en concluirse.

El colosal buque Pola con sus setecientos mil pasajeros se hundió en el océano Espiral a los cuatro ciclos de su botadura. Ardió durante días tras explotar los generadores de hidrógeno. Su envergadura mastodóntica se perdió para siempre a kilómetros de profundidad. Se debatió mucho en los foros sobre las presumibles causas: fallos estructurales, defectos en los sistemas de auto control de emergencias. Demasiado grandes, demasiado ambiciosas. El hombre siempre arañando los límites, asomándose al remolino y girando en él hasta zozobrar. La Mancomunidad ordenó el amarre y desguace del Áurea, todavía sin botar, así como el regreso del Amarda para el mismo fin.

Pero el Amarda había desaparecido. Ningún sargazo lo detectaba, ningún submarino ni barco, ninguna aeronave ni satélite. No se hallaba en su ruta. Todos pensaron: «Otras quinientas mil almas arrojadas al mar».

Hasta ahora. Ciento veintiocho ciclos después.

Luna está cansada, susceptible, no ve ridícula la idea de despistarse, de perder su intuición, la excelencia demostrada durante casi una decena en vestir las huellas de sospechosos en su cerebro a través del velo. Debería haberlo vestido limpio, sin huella, los nanobios vivos extendidos sobre su piel, potenciando las sensaciones, cada sentido, y de este modo dejar de sentirse abotargada y ciega.

La misión rutinaria en Aysum, aquel sargazo perdido, mudó todas las cosas de sitio. Lo sucedido la ha transformado en otra persona todavía más desconfiada, alguien cuyos engranajes internos se han desajustado, alguien que dejó de ver, que mutilaron.

—Sólon, ¿puedes o no reparar esta mesa?

—Jefa, esta mesa lleva decenas sin funcionar —contesta el drama-es-cenificador, la vista clavada en sus zapatos. A través del procesador en su garganta sustituye su voz propia por otra escogida de una plataforma pública de voces—. Restaurar parte de la energía, aunque se trate de un sistema arcaico me llevará al menos seis o siete horas. Los cuarenta técnicos trabajan a destajo en las salas de máquinas.

Desde que lo conociera ha utilizado cuatro voces distintas para comunicarse, ella las clasifica de modo particular: la voz del drama, la personal, la de intermisiones especiales y la menos prodigada de todas: la voz de amigo. No sufre ningún trastorno del habla en las funciones motoras orales, pero siente que usar su voz lo hace vulnerable, como si constituyera una parte esencial de su identidad que no desea compartir. Ahora que ella también ha modificado tecnológicamente una de sus funciones vitales debería mostrarse más cercana a las necesidades de Sólon, sin embargo, dialogar mientras el agente mantiene la boca cerrada y los transmisores abiertos es algo a lo que no termina de acostumbrarse. Esta vez, el chico ha optado por la voz decidida, clara y minuciosa, de las intermisiones especiales.

—No disponemos de tanto tiempo para reiniciar el equipo —dice Luna—. Viste el velo y escucha los procesadores, los drama sois expertos radiestésicos. Cumple con tu trabajo.

—La tecnología es obsoleta. Resulta complicado conectar con ella y más en el silencio en el que se halla.

—¿Y los telecomunicadores de a bordo? Habrán arrojado algo de luz sobre el apagón.

—No quedan telecomunicadores a bordo. Murieron sin transmitir sus conocimientos. ¿Para qué? No tenía sentido.

—El bardo afirmó en su testimonio que el mundo explotó después de la tormenta. ¿A qué se refiere? ¿Una tormenta explosiva?

—No estoy seguro. Podría ser una simple metáfora o el vórtice anticiclónico del ecuador. Aunque es improbable, ningún buque resistiría esa tormenta.

Bárladay observa a su drama con suspicacia. Su aspecto es el de siempre: camiseta estampada, greñas y aire desamparado, el de un adolescente de treinta ciclos, a pesar de la seguridad y el rico vocabulario implementado en su voz de catálogo. Le falta luz. Su piel pálida se ha tornado opaca como el color de las pantallas que los rodean.

—Sólomon, ¿has salido de esta sala desde que aterrizamos en el Amarda?

Ella nota que la mira de soslayo, incómodo.

—No soporto estar rodeado de gente. Lo sabes. Son extraños, como alienígenas. Estoy mejor aquí. Las máquinas me necesitan. —Esta vez cambia a la voz personal. Lo hace cuando desea mostrar inflexiones de incertidumbre, titubeos vacilantes, no se trata de confianza.

—Los habitantes del Amarda también te necesitan. Nos necesitan, hemos de dar con la capitana Sigore Parfisari o con alguno de sus oficiales.

Han transcurrido cinco horas desde la llegada del equipo de Huella junto con los cuarenta técnicos destinados a lograr insuflar vida al cerebro de la nave. «¿Dónde se ha metido la tripulación? ¿A qué juegan?», se pregunta Bárladay.

—Cuando reestablezcas el flujo de energía y pongas en funcionamiento los sistemas, busca fuera del interfaz la huella de temperamento de la capitana para lograr reconducir esta nave descomunal. Quizá haya suerte, puede que en algún momento los oficiales del puente archivasen sus huellas, aunque no fuese lo común en aquella época.

—Jefa, hace ciento veintiocho ciclos las huellas no se extraían, el comandante se conectaba a la interfaz a través de unos cátodos prendidos a sus sienes. Nadie ha saboteado ningún interfaz de huella con el cerebro de la nave. Algo externo fundió el núcleo robótico del buque. No me refiero a chamuscarlo, sino a extraerle la electricidad, a dejarlo sin vida. Al menos, los generadores de servicios han continuado funcionando gracias a las energías renovables.

—Sólomon, tú entiendes de cables y procesadores cuánticos, yo entiendo de temperamentos. No habrán saboteado la tecnología, pero al desaparecer, la capitana y su tripulación nos impiden la extracción de sus huellas cerebrales y el uso actual de estas en el interfaz de pilotaje, por consiguiente nos imposibilitan redirigir el buque condenándonos a seguir la ruta prefijada. En tal caso, estaríamos frente a un acto terrorista. Pretenden abordar y destruir Islatia.

—¿Dónde están los niños? —pregunta Cha-Mert al jefe de Cirugía del hospital de a bordo. Este es un hombre de pelo cano, delgado, la bata raída en el bolsillo y en los bajos, la piel achocolatada, como casi todos en el Amarda y en las quince ciudades-estado de donde se nutrió de pasajeros.

El doctor Kramer observa el mono de trabajo del médico del equipo de Huella como quien mira la escafandra de vacío de un adaptado. También le intrigan las cicatrices rituales de su rostro, pero, al instante pierde interés. La pregunta ha recalado en algún lugar de su cerebro cubierto de espinos para engancharse allí, desgarrándose a fuerza de repetírsela y amontonar las repeticiones.

—Los niños crecieron —dice cáustico—. El más joven ha cumplido treinta y cinco ciclos.

Cha-Mert detiene el paso. Procesa la información mientras contempla las camas enfiladas en la larguísima galería de enfermos tumorales. Ningún niño yace en ellas. La edad media ronda los sesenta. Piensa en una población aislada del progreso sanitario de los últimos ciento veintiocho ciclos.

—¿No hay un ala infantil? —pregunta tontamente.

—La clausuramos hace veinte ciclos. ¿No le parece una casuística merecida? Amarda, la luna estéril dio nombre a este barco.

—¿Qué ocurrió?

—Yo era adolescente, pero ya echaba una mano en el hospital. Me ocupaba de vaciar bacinillas, tomar la temperatura, a veces me permi-

tían colocar vías o sondas. En el ala de obstetricia comenzaron las anomalías, al principio un porcentaje reducido de mujeres sufrieron abortos espontáneos. Éramos nosotros, los aprendices, los que nos ocupábamos de conservar los fetos en formol. Nos fascinaban las malformaciones en sus pequeños cuerpos inmaduros. Incluso, en ocasiones, nos permitían diseccionar alguno de ellos en clase de anatomía. A los pocos meses la proporción había superado el cincuenta por ciento de las gestaciones. En cinco ciclos ningún embarazo consiguió llevarse a término. También la mayoría de los hombres presentaron cuadros de esterilidad aguda. Para cuando las autoridades médicas quisieron reaccionar e implantar técnicas de reproducción asistida ya era tarde. No surtían efecto. La epigenética había actuado de una forma atrozmente veloz en el desarrollo de un tejido testicular y ovárico defectuoso.

—¿Quiere decir que incluso los neonatos presentaban órganos reproductivos inhábiles? —pregunta Cha-Mert aturdido ante la celeridad del proceso.

—Es evidente, ¿no le parece?

—Pero, ¿cuál fue la causa, el origen de la infertilidad?

—Lefandes y carnelotes.

TESTIMONIO DE IBORÁN ALMENIRA. EX ARPONERO DEL SUMERGIBLE TRITÓN. ACTUALMENTE COCINERO EN LA PLANTA SUBNIVEL 12 DEL SECTOR 45 POPA DE ESTRIBOR. AMARDA. GRISJA DE 1620.

No podría afirmarse que aquel sargazo fuese tierra firme, pero era hermoso como una gema verde. Nada más que un revoltijo de algas en ligera descomposición a la deriva. Una maraña de treinta kilómetros cuadrados lo suficiente golosa para que los carnelotes hiciesen un alto en sus rutas transoceánicas. Se saciaban con los grandes bancales de peces herbívoros que consumían el sustrato de macroalgas.

¡Ah! Sí, disculpe. ¿Está registrándolo ya? Me llamo Iborán Almenira y soy cazador de gigantes, ya sabe: carnelotes, lefandes, urfinus, gródo-las... Toda bestia por encima de las doscientas toneladas. Pertenezco a la sección quinta de arponeros de la flota pesquera de la madre Amarda. Fui consagrado para la tarea por el Takana Kapsaluc, representante vivo de la divinidad del fondo oceánico. [*Se persigna*] Que me honre Sentis, protectora de gigantes con su benevolencia.

El sumergible en el que estuve destinado la mayor parte de mi servicio es el Tritón... Era. Soltamos las amarras de la flota arponera tras lo del sargazo esmeralda. Desde entonces estoy en cocinas de la planta subnivel doce como un vulgar residente. [*Escupe*]

La parte sumergida de un sargazo es lo más bello que veré jamás. Leí en los libros que en las lunas rocosas existen bosques. He admirado las instantáneas de eso que llaman árboles, pero me niego a admitir que superen en magnificencia a las selvas de tallos infinitos que pierden sus raíces en las profundidades. Bucear en las junglas marinas, alrededor de las vejigas fluorescentes de gas que flotan arracimadas a merced de las corrientes no puede tener parangón con nada. Entre los troncos dorados, verdes y granas, cientos de especies cohabitan: desde los impetuosos hipocampos, las lijas y las cornupias, hasta los inteligentes jinetes. Yo les llamo así. Sí, ya sé que la ciencia oficial asegura que la capacidad de raciocinio de los abisales no aventaja a la de los simios de las lunas rotantes, pero he pasado gran parte de mi vida bajo el agua y puedo asegurarle que son como nosotros. Lo son. Los he visto domar hipocampos y utilizarlos de montura. Que sus cuerpos son rojos y su boca se abre en el vientre... ¡Y qué! Soy letrado, casi todos en el Amarda lo somos. Nos sobra el tiempo para leer. Seguimos anclados en las tesis antropomórficas, nada que no se nos parezca puede contener la chispa de la inteligencia; nadie que no levante estructuras artificiales de metal o de... ¿qué era aquello? ¿hormigones?, puede ser un ente desarrollado. Se comunican, ¿sabe? Los he estudiado durante ciclos. Me fascinaba su lenguaje de burbujas, su maravilloso código de signos contenidos en los diferentes tamaños y frecuencias de cápsulas de aire elevándose entre

los interlocutores hacia el cielo iluminado. Viven bajo sargazos no habitados, por la luz. Son inteligentes porque nos temen. Los jinetes necesitan de la luz producida en las vejigas. Mi Takana postulaba que su organismo es en parte vegetal, por tanto, metabolizan el alimento por fotosíntesis. Los humanos, habitantes de las ciudades en los sargazos perdidos, vivían de espaldas a las profundidades, contenidos en una lámina vacua de detritus. Ignorantes. Tal vez, por ello desaparecieran. Ahora el mundo es de los jinetes, como siempre lo fue.

—¿Abisales? —pregunta Luna.

Desde que comenzara la intermisión, Cha-Mert la trata con indiferencia. Ella no se reprocha el haber tenido que posponer las vacaciones comunes en Halledos. Se lo prometió tras el incidente de Aysum, bien es cierto, pero un buque-urbe desbocado se cruzó en el camino de la luna verde. Le molesta el descuido en las maneras del ksatrya.

—A los burbujas rojas por un tiempo se les llamó abisales —contesta Cha-Mert—. Se las consideraba criaturas casi mitológicas, como las ligurtas, porque apenas existían testimonios de su existencia. Se creía que habitaban en las profundidades inalcanzables para el hombre y que, por esta razón, la mayoría de los marinos no llegaban a avistar ninguno de estos seres en toda una vida. Es triste, porque debe componer un verdadero espectáculo para la vista. Generan decenas de burbujas a cada bocanada en torno al centro de su cuerpo de dimensiones y tonalidades variadas en el espectro del rojo que configuran imágenes caleidoscópicas bellísimas. A nadie se le ocurrió pensar que vivían justo debajo de nuestros sargazos, y mucho menos que las burbujas constituyesen su forma de expresarse. Lo interesante, como apunta el tal Iborán, es que pronto abandonaron los sargazos habitados.

—Asegura que son seres inteligentes —dice Bárladay—. ¿De pronto Sargazia está poblada por dos especies de inteligencia similar? Nos hubiésemos diezmado la una a la otra.

—No, si nuestros intereses como especie nunca coincidieron con los de esas criaturas —interviene Sólomon apartando por un momento los ojos del tablero de procesadores—. Jamás se ha capturado un Medulaen Redis vivo, por si desconocíais su nombre científico. Morfológicamente no somos tan diferentes: poseen cuatro extremidades, al igual que nosotros, aunque sus terminaciones son palmípedas, cabeza y un torso similar. La boca en el abdomen, lo cual es dudoso. He leído en algunos tratados que ese orificio tan solo sirve para producir las burbujas. En realidad, hasta escuchar a Almenira, no teníamos idea de su funcionalidad.

—Sólomon tiene razón —afirma el cirujano, pensativo—. Si la teoría que plantea unos abisales inteligentes fuese cierta no sería descabellada la coexistencia. Vivimos en diferente medio; utilizamos distintos recursos. Hemos desarrollado sistemas culturales, si se pudiese afirmar que ellos hubieran desarrollado una cultura, dentro de los cuales nos hemos evitado como especies. No ha existido competencia.

—Todo esto son conjeturas disparatadas sacadas de contexto —Luna señala la hoja impresa con el testimonio de Almenira—. No nos conducen a ningún lado ni nos ayudarán a entender que droms ha sucedido en esta nave. El tiempo se nos echa encima y lo único que hacemos es leer testimonios de un pasado anacrónico. Quiero saber si has averiguado las causas de la infertilidad de la población del Amarda, Cha-Mert, estás aquí para eso, no para promulgar una nueva teoría de las especies.

El cirujano la mira con reprobación. Ella obliga a sus párpados a cerrarse, no soporta cuando la mira así. La experiencia vivida junto a él en la anterior intermisión fue demasiado intensa. Perder uno de sus ojos, asomarse más allá de la muerte detenidos ambos en el umbral, la había ayudado a percibir claro, por mucho que le pesase, el verdadero vínculo que la unía al ksatrya.

—He investigado en la documentación de los laboratorios. Ha sido como escarbar un hoyo sin pala. Este barco encalló en los albores de la evolución.

—¿Y bien? —insiste Bárladay.

—El Amarda realizó una parada técnica de un ciclo junto a un sargazo deshabitado que aún debe moverse entre las corrientes. Lo hizo a fin de llenar sus bodegas de presas gigantes. El doctor Kramer me ha informado de que en aquellos ciclos, sobre el 1585, la población del Amarda pasaba hambre. Los recursos escaseaban. Las cúpulas estaban al veinte por cien de su capacidad, el racionamiento a la orden del día y también los motines, así que el hallazgo del sargazo constituyó motivo de júbilo. El sargazo proveería de nutrientes vegetales y por supuesto, en torno al sustrato, se congregaron bancos de peces de multitud de especies y, lo fundamental, los gigantes del mar se acercaban con el propósito de alimentarse de estos.

—¿Sugieres algún tipo de envenenamiento?

Cha-Mert abre en su pantalla hológrafa los informes hallados.

—Así es. Metilmercurio y concentración de metales pesados. Muy extraño. Según las investigaciones de los técnicos de laboratorio de a bordo había sido el propio sargazo el que absorbía mercurio y cadmio, convertido en un sustrato de bacterias biolixivantes. Al alimentarse los peces herbívoros del sargazo consumían junto con las algas las bacterias cargadas de sustancias nocivas. Constituyó el punto de partida de la cadena trófica. Los gigantes, las especies más longevas que ocupan un sitio elevado en la cadena alimenticia contenían concentraciones de mercurio elevadas. Aquella carne, arponeada por los sumergibles, abarrotó los congeladores del Amarda.

—¿Cómo? ¿No analizaron las presas?

—Jamás había ocurrido. Piensa que ese tipo de contaminación solo se da en las aguas litorales de las ciudades-estado, las mismas que la población del Amarda daba por perdidas. Y por supuesto, había hambre.

—Me pregunto de dónde vendría la contaminación —apunta Sólon con su voz personal sin apartar las greñas de entre los chisporroteos de su micro destornillador.

Logario Cupeiro, el más veterano del equipo, no temía adentrarse solo en los bajos fondos de Amarda popa. Aterrizar con un destacamento hubiera despertado sinergias en la población difíciles de controlar. Viste el velo como una herramienta más de su trabajo, esta vez sin huella insertada en su tálamo. Lo que necesita es potenciar sus sentidos y siente, entre tanto acero y fibra de carbono, un gélido sudor ácido, corrosivo sobre la piel. Gran parte de su vida transcurrió en Delambur, la luna agrícola. Los colores pastel pintaban su realidad hasta que el azul monótono del planeta océano la devoró entera. El salitre de Islatia lo ha ido endureciendo durante ciclos, hasta el punto de necesitar el velo sobre su cuerpo para percibir las distintas tonalidades de la luz, los sabores, los olores dulces, las pieles más suaves.

Deambula por las calles asfaltadas de pikrete, material en desuso compuesto de agua helada y serrín, de tono parduzco, como la ciudad entera. Jamás se habituará a lo industrial, pero la adaptabilidad es su punto fuerte. Al menos su barba y sus ropas corrientes pasadas de moda aquí no lo alienan como en la vanguardista Islatia, sino que constituyen el camuflaje perfecto al igual que el color oscuro de su piel, propio de la gente delambur. Se sirve además del *nangutso*, el antiguo arte del sigilo.

La población de la gran urbe metálica anda agitada por la proximidad de la capital sargazí. Es de entender, piensa, por una parte, la posibilidad de abandonar la inmensa prisión flotante en la que nacieron los ha insuflado de un viento de esperanza y, por otro, lanzado a las calles. Pesa el recuerdo de la catástrofe de Hibernius. Logario advierte miedo en sus caras.

Los primeros colonos del Amarda fueron gentes de los sargazos meridionales que embarcaron huyendo de tiranías y guerras endémicas en tierra firme. Soñaron con la libertad, con la insumisión frente a la maqui-

naria burocrática de sus ciudades-estado, con el cooperativismo, con vivir ajenos a los dogmas y leyes de sus sargazos. Sus descendientes continúan dominados por una tripulación autoproclamada dictatorial. Una tripulación que debe encontrar cuanto antes. Mira su muñeca, diecisiete horas y quince minutos para la colisión de la urbe flotante con el sargazo capital.

Una centena no ha pasado en balde ni en las torres ni a pie de cubierta base. Se encuentra en la planta principal, en el distrito popa nueve, y va por buen camino pese a los sesenta kilómetros cuadrados de diámetro elíptico. Sólomon le ha cargado los planos hallados de la ciudad en el dispositivo de su muñeca. Es como deambular por una Lundenwick salada y robótica, pero desenchufada, una ciudad regresada de la época de las luces y, sin embargo, apagada. La energía procesada por los generadores solares y eólicos se destina a lo esencial. Las pantallas gigantes, los rótulos, las máquinas de servicios, todo ello permanece inmóvil o en negro. En aquel distrito, lejos de los elegantes barrios salpicados de jardines anfibios y fachadas de vidrios de alta resistencia, la basura se acumula en cada esquina y para ningún desperfecto parece haberse considerado un arreglo.

Sigue una pista. Según su GPS y la subred local, se trata de un host dentro de una red plagada de subredes, algunas de ellas ocultas y defendidas por cortafuegos infranqueables. No contra alguien del futuro como Sólomon. El drama es capaz de hablar con cualquier nube virtual. Ha aislado un chat en la darknet. Todas las líneas de bionet fantasmas son similares: pedofilia, drogas, armas, artículos robados... Los amardienses no se libran de la condición humana. La conversación entre dos usuarios: Tenedor y Cuchillo, constituye el primer indicio fiable. Cupeiro se dirige al Gauss, el restaurante que lleva este nombre rinde homenaje al armador de los buques-urbe. La charla entre cubiertos continuará en sus salones.
